

In memoriam del P. Antonio Izquierdo García, L.C.

El 31 de diciembre de 2015 se cumplieron dos años de la muerte del P. Antonio Izquierdo y el equipo directivo de *Ecclesia* ha considerado que es tiempo de hacer memoria, aunque sea somera, de él, dejando para más adelante un homenaje más amplio. Ahora solo queremos repasar su perfil sacerdotal, humano y académico de la mano de quien trabajó a su lado por muchos años en la dirección de *Ecclesia*, el P. Javier García, quien también fue su director espiritual en la última década de su vida.

El P. Antonio había nacido en El Tejado, pueblo de la provincia de Salamanca, hoy comunidad Autónoma de Castilla y León, en el año 1944, de una de esas familias españolas de recia raigambre cristiana. En él podíamos descubrir los rasgos del hombre castellano, austero consigo mismo, gentil con los demás, cumplidor cabal de sus deberes, trabajador duro y perseverante, persona de pocas palabras - al pan, pan y al vino, vino-, que decía más con lo que era que con lo que hablaba.

Dada la brevedad obligada de este editorial, delineamos el esbozo de P. Antonio Izquierdo en cuatro rasgos: la dimensión intelectual, la espiritual, la legionaria y la humana.

Dimensión académica e intelectual

Una faceta relevante fue la dimensión intelectual y académica cuyos pasos fueron los siguientes: en 1966 realizó sus primeras prácticas apostólicas en el Centro Vocacional y posteriormente como coordinador general de la Universidad Anáhuac con el fundador y primer rector de la misma, P. Faustino Pardo. Tras su ordenación sacerdotal, el 24 de diciembre de 1973, fue profesor y prefecto de estudios en el Centro de Humanidades de Salamanca, primero; luego, profesor en el Centro de Formación del tercer grado femenino, en Dublín, de 1979 a 1982, y profesor de teología en el Centro de Estudios Superiores, de 1983 a 1995. Vino luego fue su graduación en licencia en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y la posterior docencia de las ciencias bíblicas.

¿Por qué no sacó doctorado en Sagrada Escritura? Preguntado en una ocasión, respondió que era opción lúcida por una razón sencilla -que no deja de tener su misterio-: para obtener grado de doctor hacían falta por lo menos tres años más, pero que con licencia en ciencias bíblicas, uno podía empezar a enseñar. Él se veía ya avanzado en la vida y prefería empezar cuanto antes a explicar temas bíblicos y a escribir sobre los mismos, ahorrándose así los años de especialización. En sí misma no convence la respuesta para quien busque una buena preparación para mejor trabajar en el campo bíblico; pero vista en todo el arco de su existencia, uno deduce que esa intuición misteriosa fue plenamente acertada, como si presintiera que le quedaban pocos años de trabajo docente; al hacer el balance de una vida, nunca hay que dar un juicio definitivo antes de que su ciclo existencial se haya cerrado, pues hay premoniciones del corazón que la mente no siempre percibe. Obtenida la licencia, empezó a enseñar temas introductorios a Sagrada Escritura e incluso, pocos años después, organizó un congreso internacional sobre inspiración bíblica.

A partir de este momento se fue perfilando como el docente bien informado, el pedagogo que estimulaba a los alumnos con su propio empeño y rigor académico, el pensador sereno y el escritor fecundo que llegó a ser. El P. Antonio asumía la cátedra con una base humanística excelente, habiendo seguido por seis años los cursos de humanidades clásicas y literatura en España, primero en la escuela apostólica, después en el juniorado o centro de estudios humanísticos de Salamanca; luego vino la robusta estructura filosófica en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma, para coronar luego este edificio con la licencia en teología en la misma universidad y, por último, la licencia en el pontificio instituto bíblico de Roma, en Sagrada Escritura. Inició, pues, su docencia bien equipado, con perfecto dominio de las lenguas clásicas -latín, griego-, filología de lengua española, ciencias bíblicas -hebreo, samaritano-, con estancia de varios meses en Tierra Santa; licencia en filosofía y en teología, ambas por la Universidad Gregoriana.

El P. Antonio Izquierdo García reunía el rigor científico con el temblor del creyente, sus clases eran a la vez lecciones precisas de teología y meditaciones del hombre de fe ante el misterio revelado en los libros sacros. Temas de sus clases fueron la inspiración bíblica, la revelación, algunos libros del Nuevo Testamento; pero también filones transversales, como el papel de la mujer en la Biblia o las mujeres que acompañaron a Jesús en su ministerio. No descuidaba los temas afines a los bíblicos, como documentos de los Papas y del magisterio eclesial que más habían contribuido al conocimiento y avance de los estudios de la Biblia, de León XIII, a Pablo

VI, pasando por Pío XII, llegando hasta Juan Pablo II y Benedicto XVI o los documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II, sobre toda la Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación.

Cada año elegía los temas que mejor ayudaran a los alumnos a penetrar en la riqueza de la revelación, que desarrollaba a lo largo del año. Preparaba y elaboraba sus notas mediante un esquema previo que le permitía, al final, reunir la materia bajo un índice que luego transformaba en un texto para la imprenta. Cada año solía publicar uno o dos libros y varios artículos para nuestra revista *Ecclesia*; entre ellos encontramos “El ambiente del pueblo judío en tiempos de Jesús”, “Cuatro niveles de lectura de la Biblia”, “La Biblia de los pueblos”, “La Biblia de los jóvenes”, y varios dedicados a la *Dei Verbum*.

El P. Antonio era hombre intelectualmente muy completo, cuyos intereses estaban muy diversificados hacia el mundo de la cultura, en general, y sobre todo a aquellos aspectos que tocaban de cerca su mundo cristiano, bíblico y humanístico. En cuanto abordaba un campo, lo hacía no como quien mariposea, sino con seriedad, como quien fija su mirada en algo que llama su atención y clava en ello el arpón de su interés intelectual; y no lo deja sino hasta haber hallado respuestas satisfactorias a sus interrogantes.

De la amplitud de sus inquietudes culturales habla claro la cantidad de artículos que escribió en *Ecclesia* sobre temas tan diversos como el año mariano, Pablo VI y la relación Iglesia y mundo o Pablo VI y la civilización del amor. Le preocupaban corrientes diversas, como el fundamentalismo, el postmodernismo, la teología de la liberación. A un artículo de la teóloga brasileña Ivonne Gebara, “Teología a ritmo de mujer”, respondió con otro en ‘quiasmo teológico’, “Mujer a ritmo de teología”, en el que precisaba varios puntos a Gebara, quien en su itinerario mental había transformado la teología de la liberación en liberación de género, de un feminismo radical. Otros muchos temas preocuparon al P. Antonio, como la conversión en el Sínodo de América, o los cuarenta años del Vaticano II e incluso los 950 años del cisma de Occidente. Asimismo dedicó varios artículos al sacerdote de nuestro tiempo, al año de la fe convocado por Benedicto XVI, al tema fundamental de la familia. En fin, llevaba también su atención a diversos aniversarios de la Compañía de Jesús, como eventos con repercusión eclesial universal.

Como todo buen intelectual, focalizaba su atención en torno al campo de su especialidad, pero no descuidaba otros campos relacionados que representaran un punto de interés cultural que surgiera en el horizonte. Era su actividad intelectual especializada en campo teológico-bíblico, y, a la vez,

atenta a cuanto tuviera que ver con la cultura como tal. Dominaba la lengua castellana, haciendo gala de un hablar y un escribir que denotaban unas raíces antiguas y nobles de la lengua de Castilla, sin desechar flexiones nuevas y actuales, era el suyo un hablar sobrio, pero cuando hacía falta, también moderno y creativo.

Espiritual

El P. Antonio era hombre con densa vida teologal y con una recia estructura espiritual, centrada en Cristo, como buen alumno de la Legión de Cristo: en Él ponía el centro, el criterio y el ejemplar de su vida religiosa, sacerdotal y apostólica. Era a la vez asiduo lector de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, del maestro San Juan de Ávila y de otros clásicos y modernos tratadistas de la vida espiritual, como Reginaldo Garrigou-Lagrange, Adolfo Tanquerey -entre los libros de su biblioteca que yo pude recoger, está el *Compendio de teología ascética y mística*- y las obras de Dom Columba Marmion.

Con tal preparación, con el tiempo y con el ejercicio continuado, llegó a ser uno de nuestros mejores directores de ejercicios espirituales. Durante la última década de su vida, cada verano dirigía ejercicios de mes a legionarios o a señoritas consagradas. De tiempo en tiempo daba a las prensas un libro sobre temas y dinámicas de ejercicios espirituales. Como director espiritual de legionarios y de señoritas consagradas, fue muy apreciado por cuantos dirigía. En sus últimos años fue coordinador de la atención espiritual, pastoral y sacramental de las señoritas consagradas de Roma. Entre sus artículos tiene más de uno sobre el sacerdote confesor y guía.

Dimensión legionaria

El P. Antonio Izquierdo vivió la prueba de los escándalos en torno a nuestro Fundador como algo incomprensible, la noche oscura total, que pareció remover cimientos que se creían inamovibles. Sufrió íntimamente lo indecible, preguntando a Dios: “¿por qué...?”; pero las pruebas de fe no tienen respuesta racional, como no la tiene la cruz de Cristo. Aquí brilló la madurez espiritual del P. Izquierdo; se dijo: “no entiendo nada, pero Dios me ha querido legionario”; entonces dijo: “aquí estoy”. Y siguió adelante su camino con mayor amor, si cabe, a su vocación y al carisma de la Legión de Cristo.

El P. Antonio había formado una personalidad humana y legionaria equilibrada, rica, completa, fruto de la gracia divina y, a la vez, de la libre

disciplina y el esfuerzo, de la humildad y el tesón. Personalidad en la que confluían las virtudes teologales y la voluntad, la espiritualidad y el carisma legionario, arropado y fecundado por la acción del Espíritu Santo. En él prendió la semilla que el Sembrador divino arrojó a manos llenas en una tierra óptima y bien preparada, y el fruto fue del ciento por uno.

Dimensión humana

Otra faceta que completa su perfil, dándole el toque del equilibrio era su formación humana. El P. Antonio había ingresado en la escuela apostólica de los Legionarios de Cristo en Ontaneda (Santander) a los once años, de allí pasó a Salamanca para hacer dos años de noviciado y otros dos de humanidades clásicas. Fueron años de sementera de virtudes humanas básicas, como la disciplina y el orden de sus facultades y de su entorno, la formación de la voluntad como fuerza y tenacidad para perseverar en el bien y en los propósitos —"obra comenzada, obra terminada", rezaba la consigna-, la disciplina de la mente, del espíritu; el sano compañerismo, la fidelidad a la palabra dada, la sinceridad, la lealtad, la coherencia entre lo que se cree y se vive. En una palabra, una personalidad equilibrada, fruto no tanto de un regalo caído del cielo como maná, sino de un laboreo asiduo de años.

Fue el P. Antonio Izquierdo García un intelectual de horizontes amplios, del que se podría decir que era hombre de fe y de pensamiento al que nada de cuanto acontece al hombre le era extraño.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por el P. Javier García, L.C., profesor emérito de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, y colaborador durante años en nuestra revista.